

igualmente que lo más prudente era abstenerse de un reconocimiento solemne. Bastaría con el reconocimiento implícito de una representación. Como es sabido, el cardenal Gomá representó al Vaticano de forma confidencial y provisional. En junio de 1937 Antoniutti fue nombrado encargado de negocios, y en abril de 1938 Cicognani fue enviado como nuncio.— MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.

PROSPERI, ADRIANO, *La vocazione. Storie di gesuiti tra Cinquecento e Seicento*, Milano, ed. Einaudi, 2016, 250 pp., ISBN: 978806228453.

El prestigioso historiador italiano (Cerretto Guidi, 1939) presentó esta contribución al estudio sobre la Compañía de Jesús en el antiguo convento de las oblatas de Florencia, un espacio de inigualable belleza desde el que se divisan tejados y campanarios de la ciudad, hoy convertido en una biblioteca pública municipal. Sus declaraciones a la prensa especializada, horas antes de esta presentación, resultan muy elocuentes para el asunto que nos ocupa dado que manifestó que el punto de partida de la redacción de *La vocazione. Storie di Gesuiti tra Cinquecento e Seicento* había sido la lectura de una obra de Mauro Boarelli dedicada a las autobiografías de los miembros del partido comunista de la región de Emilia en la década de 1950 (véase *La fabbrica del passato. Autobiografie di militanti comunisti (1945-1956)*, Milano, Feltrinelli, 2007). A partir de una primera confrontación entre el modo en el que éstos venían aleccionados por sus superiores en el aprendizaje de los preceptos marxistas, y la forma en la que también los jesuitas se instruían en las directrices de sus superiores, Prosperi defendió la hipótesis de que ambos grupos perseguían un objetivo común: cambiar el mundo. Aspectos análogos como las semejanzas existentes entre los mecanismos de la denominada como «confesión pública», ya fuera ésta la que se realizaba ante las altas instancias del partido o ante un superior de la Compañía, están, a su juicio, a la base de comportamientos que buscaban reforzar nociones y modelos de actuación idénticos.

Este procedimiento le ha permitido reflexionar acerca de pautas de conductas análogas, tales como la idea de ruptura con el ambiente de origen, el descubrimiento de perspectivas de vida totalmente nuevas, la noción de autocrítica moral y la obligada obediencia a autoridades superiores en la jerarquía interna. Este peculiar acercamiento a una temática, estrechamente ligada a su dilatada carrera como historiador de la iglesia en la Edad Moderna, le ha permitido realizar una reflexión sosegada sobre las denominadas como *relazioni di vocazione*, es decir, las breves biografías –entendidas éstas, por lo general, como narraciones o relatos escritos en primera persona– solicitadas por la Compañía de Jesús a partir de 1576, así como su análisis a partir de las variantes existentes, conservadas manuscritas o impresas, en la estructura interna y en los contenidos.

Los resultados, presentados con una prosa depurada, un aparato de notas muy exiguo y una deliberada selección bibliográfica, que abarca casi todas las disciplinas del área de las Humanidades, tienen, a mi modo de ver, un origen

en la propia producción de Adriano Prosperi, muy vasta y heterogénea hasta la fecha, y que, en el caso que nos ocupa, está especialmente marcada por un ensayo publicado en la revista *Rinascimento* (2014) con el título: *Il Figlio, Il Padre, il Gesuita. Un testo di Antonio Possevino*.

Se trata, a mi modo de ver, de un primer ejercicio de reflexión en torno al brillante intelectual jesuita y a uno de sus manuscritos, titulado *Proposte di un Padre illustrissimo et risposte di un suo figliolo il quale havendo fatto i voti di entrar nella Compagnia di Giesù si risolse di andarvi*, que se conserva en el Archivium Romanum Societatis Iesu (ARSI, Hist. soc. 177, cc. 231r -245r y una segunda copia, con escasas variantes de escritura, en el mismo manuscrito, cc.246r-259r). Antonio Possevino, a partir de su conocimiento de testimonios, cuanto menos inquietantes, sobre los conflictos paterno-filiales que provocaron algunas de las vocaciones de los más jóvenes en el seno de la Compañía, elaboró un diálogo imaginario entre un padre y un hijo en el que, obviamente, entraron a formar parte del mismo problemáticas atemporales en el seno de las familias, una circunstancia que permitió al jesuita establecer una neta división entre el tema de la conciencia (en el caso del hijo y su modo de percibir la llamada de Dios a su servicio) y los valores –en ocasiones trasnochados– del ejercicio de la autoridad (en el caso, fundamentalmente, del padre).

El testimonio de Possevino, si bien escrito, como el propio profesor reconoce, para servir de modelo a los más jóvenes en los colegios de formación de los jesuitas, nunca se editó, quizá por su sinceridad flagrante y, en ocasiones, su visión corrosiva acerca de las conflictivas relaciones entre padres, hijos y la inquietante presencia de un tercer interlocutor no invitado a la escena: la Compañía de Jesús. A pesar de la ausencia de una impresión, conviene evidenciar el estilo directo de Possevino, su objetividad en el enfoque y el modo en el que su concepción narrativa hizo que este tipo de *relaciones* pudiesen servir como modelo de imitación a generaciones venideras para subyugar así a los acólitos de San Ignacio, fundamentalmente a aquellos que ocupaban puestos de relieve. De este modo, tal y como recuerda el profesor italiano, es posible rastrear su eco en otras narraciones, autobiografías e incluso cartas, la mayor parte conservadas en el archivo general de la Compañía en Roma.

Adriano Prosperi, consciente de la magnitud y del alcance de estos testimonios, ha estimado que su lectura y análisis en el seno de la sociedad de nuestros días corrobora una serie de ideas claves acerca de la complicada identidad histórica de la orden y proporciona ulteriores líneas de reflexión acerca de los conflictos religiosos que están a la base de este periodo como una consecuencia inmediata de lo sucedido durante la Contrarreforma. Además, ha logrado conciliar aspectos muy diferentes en el seno de la Compañía, desde las aspiraciones de cambio y reforma en el ámbito más restringido de los espacios secretos del poder, hasta el modo en el que las vocaciones constituyeron un fermento para impulsar las predicaciones apostólicas fuera de los territorios europeos. Además, sus reflexiones se extienden hasta el importante significado que adquirió la noción de formación de los jóvenes que sentían la llamada de Dios, un aspecto

que no podía descuidarse y que debía encauzarse hasta espacios muy diversos, como las propias cortes, epicentros del poder político, social y cultural, y los colegios fundados por los jesuitas, cuya instrucción, perfectamente reglamentada, preveía un programa docente que incluía también experiencias específicas de la Compañía, tales como los ejercicios espirituales, la confesión semanal y la obligación de acudir a la celebración litúrgica.

En este ámbito, las *relazioni di vocazione*, que no podríamos equiparar, tal y como demuestra Prospero, a la tradicional narración autobiográfica, aun cuando sobre este asunto cabrían ulteriores reflexiones en el campo de la filología que el italiano ha obviado en su ensayo, constituyen documentos muy importantes. En este sentido, reflejan cómo era la personalidad de los candidatos que deseaban ingresar en la Compañía, qué tipo de acercamiento –como colegiales o seguidores de los postulados ignacianos– habían tenido hacia ésta, cómo había sido su camino desde la llamada de Dios y qué tipo de dimensión, en ocasiones taumática les había impulsado a confrontarse con su entorno familiar, a menudo violentamente, y cómo tal decisión conllevaba ponerse al servicio de la Compañía y renunciar, en el caso de los más pudientes, a privilegios de sangre, puestos de mando, matrimonios ventajosos y conspicuas herencias.

Estrategias de atracción muy sugestivas que impulsaron a jóvenes, adolescentes todavía en periodo de formación, a liberarse de la tutela familiar para entrar a formar parte de una «élite» que se distinguía por la personalidad aguerida de sus miembros y que reclamaba su presencia para convertirlos en revolucionarios acólitos del mensaje ignaciano. El proceso de selección, captación e integración en las filas de la Compañía, tal y como narra Adriano Prospero, exigía intuición, perseverancia, control y, sobre todo, una pauta de actuación firme, audaz y perfectamente reglamentada por parte de la clase dirigente.

Una distendida lectura del ensayo sobre las vocaciones de Prospero refleja su deseo de poner a prueba la capacidad de síntesis en un ensayo en el que actúan como telón de fondo los profundos cambios sociales de la época, los conflictos religiosos derivados de las guerras religiosas, las actuaciones –a veces muy contestadas de la Contrarreforma– y un cierto servilismo, que el autor define como «maquivelismo religioso», que actuó, reiteradamente al servicio del poder, tanto el civil como el religioso. Así mismo, en las páginas de su libro emergen cuestiones que parecen obvias en la historiografía de la Compañía de Jesús, pero que conviene siempre subrayar, tales como las dobles actuaciones de los jesuitas en ámbitos tan diferentes como las altas esferas del poder político y religioso –aun cuando este tema aparece desdibujado para dar voz a muchos jesuitas anónimos en detrimento de testimonios, quizá inexistentes, de personajes «*de spicco*», como el Cardenal Francisco de Toledo– y el modo en el que se gestionaron las misiones apostólicas en nuevas latitudes en las que no se rehuyó la posibilidad de establecer fructíferos diálogos con las culturas emergentes. Explicar, razonar, describir qué tipo de pulsiones habían conducido a la «vocación» de estos jesuitas, que abandonaron, en la mayor parte, el bienestar en la Europa occidental para encaminarse hacia lo desconocido constituye todavía un campo de investigación abierto.

Uno de los aspectos en los que el profesor Prospero ha incidido con mayor decisión es la contextualización del ambiente en el que surgieron estas vocaciones y, en este sentido, sus descripciones parecen casi noveladas, dado que muchas de ellas tienen cabida en este ámbito de reflexión, entre lo real, lo ficticio y, también, la exageración. A partir de la cotidianidad de las familias se pasa a una esfera más elevada, la de las cortes modernas, la de las familias –modestas o acomodadas– que, en muchas ocasiones, obstaculizaron el camino vocacional de sus hijos porque no creían en el potencial de la Compañía, todavía una orden emergente, y, sobre todo, desconocían el dinamismo que los jesuitas impulsaron a temas como la formación. En este ámbito, la instrucción se entiende de muchas formas, tanto en el plano pedagógico, como también en terrenos jamás afrontados por otras instituciones religiosas, como las cortes, los espacios públicos de representación política, de ahí el rigor que imprimen a todas sus actuaciones y que choca, a veces frontalmente, con el método educativo aprendido en casa.

Debilidades, carencias –afectivas y educacionales– están a la base de oposiciones frontales a decisiones tomadas por adolescentes que, asistiendo a espacios ligados a la Compañía, lograron, en cierto modo, ser «abducidos» gracias a reclamos como la confesión semanal, la asistencia a la Eucaristía y la lectura –y puesta en práctica– de los Ejercicios Espirituales escritos por San Ignacio. Determinar qué tipo de «señuelo» actuó como un potente catalizador y «hechizador» de estos jóvenes resulta muy complicado pero Prospero en las páginas de su libro señala como este tipo de propaganda encubierta está a la base de sus sinceras y apasionadas «*relazioni di vocazione*».

Estas narraciones autobiográficas, que el italiano describe y de las que, en ocasiones, realiza breves transcripciones de aquellos párrafos más significativos a nivel de contenidos y de emociones, dejan traslucir perfectamente cuestiones que están más allá de la Compañía de Jesús y que, claramente, ponen en relación la narración con el punto de inicio de las reflexiones de Prospero: las autobiografías de militantes comunistas. Me refiero al modo en el que podemos rastrear, conocer e indagar los perfiles psicológicos de los jóvenes protagonistas, sus sentimientos, sus pulsiones vitales, su educación, su nivel de entrega e incluso el modo en el que han sido «abducidos» o «captados», así como ejercicios de prosa muy intimistas que revelan la grandeza de la llamada del Señor. Aspectos como la disponibilidad para ponerse al servicio de intereses hasta entonces impensables, como el apostolado, la predicación, la enseñanza deben yuxtaponerse a cuestiones más personales como la noción casi milagrosa de la llamada y, también, tal y como recuerda Prospero, la inevitable fractura con las familias que, en ocasiones de forma dramática, anularon los lazos con el ámbito de proveniencia.

Este ensayo sobre la *vocazione* constituye un instrumento de lectura que va más allá de la propia aculturación destinada a los historiadores de la Iglesia, sociólogos, teólogos, y otros humanistas que privilegian este tipo de textos en sus procesos de formación. A mi modo de ver constituye una lectura obligada también para toda una generación de jóvenes actuales que carecen de pasión,

garra, espíritu de superación y que, a través de los ojos de estos adolescentes, a pesar del abismo cronológico que medía entre ambos grupos, pueden realmente aprender cómo se conjugan los deseos, las aspiraciones y los logros.

Adriano Prosperi deja traslucir hacia sus lectores esa ambigüedad que se respira en cada uno de sus numerosos textos sobre este periodo, es decir, la necesidad de conciliar –y también mostrar– una admiración hacia la extraordinaria capacidad que la Iglesia, y en este caso la Compañía, tuvo de imponerse respecto al resto y hacer valer sus aptitudes, sus logros, sus aspiraciones. Así mismo, tampoco olvida verter en su ensayo una visión crítica frente a las artimañas y argucias utilizadas, a menudo, por los jesuitas, para «rescatar» a un judío de las garras de su familia y convertirlo, «liberar» a un joven miembro de la nobleza del peso de sus responsabilidades familiares, entre otros casos, evidenciando el modo en el que ejercieron su dominio, sin ambages y sin rodeos, en todos los ámbitos socio-culturales.

La redacción de este completo ensayo ha sido posible gracias a las actuaciones pioneras de jesuitas como Juan Alonso de Polanco que, desde mediados del siglo XVI, promovió y organizó la redacción de documentos autobiográfica que debía convertirse en un referente de conducta pero también en una fuente histórica. En este contexto se comprende la acumulación de este material –la mayor parte manuscrito– junto con otros documentos de diversa índole, en el *Archivium Historicum Societatis Iesu* y que están divididas entre las vocaciones de «anónimos» y aquellas ligadas a nombres de relieve, caso de San Roberto Bellarmino, que forma parte de las *Vocationes Illustres*. No se han escondido o eliminado, y esto conviene subrayarlo, aquellas vocaciones fallidas, las que contemplaron la expulsión de sus miembros o su libre salida de la Compañía que también resultan muy útiles para comprender qué consecuencias, aun cuando este tema convendría desarrollarse en otro ámbito, tuvieron en las vidas posteriores de los «renegados».

A este respecto, no conviene olvidar que se trata, por lo tanto, tal y como declara Prosperi de (p. XVIII) «escrituras autobiográficas impuestas o, en cualquier caso, solicitadas por un superior para un uso interno». No olvida, así mismo, el italiano, que quizá el primer ejemplo de este modo de actuación lo encontramos en el propio fundador, dado que San Ignacio había diseñado una estructura muy compleja que preveía incluso la narración de su propia biografía prestando un especial énfasis a los episodios ligados a su conversión y a las decisiones que tomó respecto a la creación de una nueva institución religiosa. Sus palabras, releídas con el pasar de los siglos, siguen siendo atemporales y constituyen un modelo de escritura por la ausencia de vanidad, presunción y el énfasis prestado a valores como la humildad, la búsqueda de la perfección y el deber del llamado por el divino a mostrarse receptivo a la gracia del Señor.

Todo ello teniendo presente que Prosperi, y otros compañeros de su generación, han completado su formación con los textos de la Compañía o que, incluso, todavía asistieron a clases, seminarios, cursos magistrales y tanto en él, como en otros acólitos, prevalece un sentimiento de admiración hacia la inteligencia, la

indagación psicológica y la valoración de una serie de parámetros de conducta casi antropológicos que, si bien tienen mucho que ver con los dictados del mundo católico, constituyen –todavía a día de hoy– un elemento de distinción y de fortaleza de la Compañía en el seno de la Iglesia.— MACARENA MORALEJO ORTEGA.